

Granollers necesita una mujer fatal

Granollers, cabeza de partido de la provincia de Barcelona, limita al Norte con Casa Baulenas, al Este con las obras de la vía, al Sur con el campo de tenis (ese campo que tiene unos palos que siempre están en peligro de ser arrancados de su sitio por los de la «Gripia») y al Oeste con el río Congost, un río muy húmedo que han hecho para que pase por debajo del puente de hierro. Antes de hacer el río, Granollers limitaba al Oeste con el Jefe de la estación del Norte, pero nadie estaba satisfecho, porque cuando el Jefe se iba con quince días de permiso a Burgos, Granollers era demasiado grande.

Todos estamos muy contentos de haber nacido en Granollers, de su situación geográfica y del calor que hace en los cines, pero nos asusta la falta de originalidad en sus productos. Es verdad que, aparte los borregos de Cardedeu, se producen muchas más cosas y que en ningún pueblo de Cataluña han conseguido tener una plaza como la plaza de la Corona, en la que plantaron un monumento tan bonito y que se ha dado tanta prisa en crecer. Yo sé que el alcalde de Barcelona, que siempre imita todo lo que hacemos aquí, ha intentado sembrar monumentos en la plaza de Cataluña y no han nacido nada más que urinarios y estaciones del Metro y, si acaso, algún barítono de zarzuela que en seguida han tenido que podarlo.

Granollers será el orgullo de todos nosotros cuando produzca mujeres fatales; cuando haya producido, por lo menos, una mujer fatal. Gambús, que es ese de los aceites que sólo los vende al por mayor y que no se puede ir a su casa a comprar tres «petricons» ni porquerías así, me ha dicho que en Sabadell ya hay una mujer fatal, y que él ha empeñado cinco chalecos para poder regalarla un caballo. Está claro que aquí, en la capital del Vallés, no podemos ser menos y tenemos que tener una o dos inmediatamente, y para eso se ha organizado el Concurso del Majestic, para ver si después de parecerse a la Greta y a la Joan, se animan esas niñas y nos resultan unas vampirasas como Dios manda, porque no creeréis vosotros, lectores míos, que, por muy guapas que sean, son mujeres fatales, por ejemplo, Margarita Jané o Digna Ballorca, que ni siquiera fuman, y, que si habláis con alguna de ellas como se habla a una vampiresa, el diálogo será algo así:

—¿...?

—Ài! que és idiota aquest xicot.

—¡...!

—Això, vostè no ho diu de debò.

Vaya, que no hay derecho; una vampiresa tiene que decir: «¡Yo quiero orquideas!» Y después de decirlo, dar un suspiro con el que se le vaya el alma y la cena de la noche anterior. ¡Oh, los suspiros de las vampirasas! Yo tengo un catarro crónico a consecuencia del suspiro de una mujer fatal y nunca volveré a amar a más mujeres fatales sin llevar la bufanda puesta. Es claro que sabiendo suspirar así, ya se puede ser bastante vampiresa, pero eso ya lo sabe hacer la de Sabadell. (Me lo ha dicho Gambús, que es ese del aceite, el caballo y los chalecos.) La nuestra tiene que ser mejor; saber besar como besan las vampirasas, produciendo el inmediato desmayo de sus víctimas; así podrá llamar a la criada y, mientras enciende un egipcio en la llama azulada del pebetero, decir con indiferencia:

—Que se lleven eso y me traigan otro. ¡Ah! Y que no se olviden los guisantes para la cena.

Esto, lectores de mi alma, es una vampiresa; esto, mis sabios lectores, es una mujer fatal; y no esas otras que en cuanto un hombre se desmaya en sus brazos ya están llamando al médico y a la portera, y con la emoción no se acuerdan para nada de la comida y dejan que se pase el arroz.

¡Qué bonito sería tener una mujer fatal! Una vampiresa titular, como en todos los pueblos de América del Norte, a la que el Ayuntamiento construyera un palacio en la calle de la Constancia.

¡Qué estampa para la historia de Granollers, que Bardollet ofreciera a la bella vampiresa todas las fuertes cajas de caudales de su Banco a cambio de un poco de amor! Y, qué fecha tan memorable la del día en que Calvet la regalara todos los pianos de manubrio que tiene en el almacén! Así sería Granollers una ciudad moderna; ni más ni menos que cualquiera de América del Norte.

Es, pues, preciso que el Ayuntamiento se ocupe en seguida de producir una mujer fatal. Nosotros, en cambio, prometemos hacer lo posible para que vuelva otra vez el Batallón, y así será nuestra vampiresa la más célebre de todas las de la comarca; podrá seducir a algún oficial, lo mismo que Mata Hari, (los oficiales del ejército son siempre las víctimas preferidas de las vampirasas, sobre todo si son aviadores) y hacer que la facilite los planos de la plaza del Cuartel. ¡Qué bella escena cuando el oficial, al darse cuenta de la traición, fuera en busca de la espía y la dijera:

—¿Donde están los planos, Mata Hari, Mata Hari?...

A ver si esto nos lo copia también el alcalde de Barcelona.

DERCUSAN

